

LAS MONTAÑAS HUMANIZADAS: LOS VOLCANES DEL ALTIPLANO CENTRAL

Alicia María Juárez Becerril

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Resumen

Los volcanes han recibido un trato especial por parte de los especialistas meteorológicos junto con sus comunidades a través de la historia milenaria, puesto que no sólo se han concebido como grandes contenedores de agua, sino que se les humaniza, lo que conlleva adjudicarles sentimientos y actitudes humanas claramente diferenciadas en cuanto a su género. De esta forma, los cerros y volcanes no sólo constituyen el espacio físico en donde los graniceros llevarán a cabo los rituales sino que contienen un simbolismo cargado de referentes culturales concretizado en un espacio. En este sentido, las grandes montañas han sido investidas de tal cantidad de características y atribuciones que para entender su representación y significado es necesario conocer las versiones que se han construido acerca de ellas. De esta forma, el objetivo del presente artículo es señalar la concepción humana y significativa que tienen algunas comunidades en su imaginario, especialmente acerca del Popocatepetl, la Iztaccíhuatl y La Malinche.

Abstract

For millennia, volcanoes have received a special treatment by both meteorological specialists and their communities since they have not only been conceived as great water containers but have also been considered humane; this entails awarding feelings and human attitudes, clearly differentiated by gender. Thus, hilltops and volcanoes not only constitute the physical environment where *graniceros* will carry out rituals and ceremonies, but they constitute, as well, a symbolism loaded with spatially materialized cultural referents. In order to understand the meaning of the grand mountains and what they stand for, it is a must to know the various versions that have been built around them, as they have been invested of such a great amount of qualifications and attributes. Consequently, the purpose of the present article is to illustrate the rather important humane conception some communities withhold in their imaginary, mainly about the Popocatepetl, Iztaccíhuatl and Malinche.

Introducción

Los volcanes han recibido un trato especial por parte de los especialistas meteorológicos y sus comunidades a largo de la historia milenaria, puesto que no sólo se han concebido como grandes contenedores de agua, sino que se les humaniza, lo que conlleva a adjudicarles sentimientos y actitudes humanas claramente diferenciadas en cuanto a su género. En este sentido, cerros y volcanes¹ son personificados y se les ve como personas que deambulan por los poblados.

Su presencia en los sueños de los graniceros, les permite entablar una relación directa con ellos para dar a conocer sus deseos. De esta forma, los cerros y volcanes

no sólo constituyen el espacio físico en donde los graniceros llevarán a cabo los rituales, sino que contienen un simbolismo cargado de referentes culturales concretizado en un espacio. Representan puntos geográficos, símbolos emblemáticos, dadores de lluvias y también guardianes del sustento alimenticio. En este sentido, las grandes montañas han sido investidas de tal cantidad de características y atribuciones, que para entender su representación y significado es necesario conocer las versiones que se han construido acerca de ellas.

De cerros y volcanes

Los graniceros hacen uso del espacio natural: cerros, volcanes, ojos de agua, manantiales, cuevas y abrigos rocosos tienen una significación en donde “aseguran su reproducción y satisfacción de necesidades vitales, que pueden ser materiales o simbólicas” (Giménez 2005:430). Broda (1996b), propone hablar de *paisaje ritual*, en donde éste es un espacio, entorno, o propiamente dicho un paisaje natural transformado por el hombre a través de la historia. El darle la connotación de *paisaje ritual* implica que es el lugar donde se llevan a cabo ciertos ritos de propiciación. Los cerros y volcanes representan lugares donde los

¹ Cabe señalar que a lo largo del artículo hablaremos de cerros, montañas y volcanes indistintamente. Estamos conscientes de que bajo una perspectiva geográfica y/o geológica cada elemento natural conforma una elevación diferente del terreno y en este sentido tienen explicaciones concretas. Sin embargo, nuestra justificación recae en los lineamientos antropológicos en cuya perspectiva general se trata de espacios vitales, receptores de agua y dadores de los mantenimientos. De esta forma inciden en la vida de las comunidades campesinas. Esta lógica de concebir la naturaleza parte de una cosmovisión de tradición milenaria.

graniceros establecen vínculos, tanto con el paisaje, como entre ellos mismos.

Por lo tanto, se trata de una apropiación de la naturaleza reflejada en rituales de la tradición mesoamericana en donde se plasma la cosmovisión, construida a partir del paisaje y del entorno real. Las fechas más importantes para estos ritos agrícolas, dirigidos por los especialistas meteorológicos, son el día de la Santa Cruz -3 de mayo-, cuando “se abre el temporal”, y el Día de Muertos, -2 de noviembre- cuando ese ciclo se cierra (Broda 2009).

Los volcanes constituyen la fuerza de la naturaleza, representando la montaña, la tierra, el agua, por lo tanto

humanas, especialmente en sentimientos y actitudes. Dichas características forman parte del imaginario de las comunidades, constituido por “historias sagradas” que tienen una vigencia local acentuada entre las poblaciones, producto de un largo proceso histórico, así como de un gran complejo que encierra toda una cosmovisión que caracteriza a la tradición cultural mesoamericana.

Si bien es cierto que como parte de la cosmovisión, los cerros y volcanes, son considerados hierofanías, es decir, que en esos elementos se manifiesta lo sagrado y con los cuales es posible tener un intercambio benéfico mediante un trato ceremonial (Glockner 1995), los cerros



Figura 1. El Popocatepetl, foto de Alicia Juárez

son dadores de mantenimientos y de protección. Situándonos en la cosmovisión mesoamericana de la sociedad mexicana como punto de partida, la vinculación con la naturaleza era fundamental, ya que los indígenas sabían, por experiencia, que las *altas cumbres* influían en la formación de las lluvias, por eso una de las causas principales por las que se les rendía culto era para tener el control del clima (cfr. Broda 1996a). Actualmente, en el culto a los cerros se fusionan creencias prehispánicas y católicas, convirtiéndose en un aspecto religioso que llama la atención, pues es una actividad que no deja de realizarse por los especialistas meteorológicos por encargo de sus comunidades.

Por otro lado, a los cerros y volcanes también se les personifica, por lo tanto, se les adjudican características

y volcanes igualmente poseen rasgos y sentimientos humanos, lo que significa que también están ubicados en un nivel, “donde la relación con los humanos, se convierte en una conversación” (Millones 2005:309). Es decir, no sólo son entidades que controlan desde “allá” y/o desde “arriba, sino que también lo hacen “aquí” y/o desde “abajo” en el nivel en donde están las comunidades.

Montañas con rasgos humanos

En la época prehispánica, durante una de las fiestas principales, denominada *Tepeilhuitl*, “fiesta de los cerros”, celebración correspondiente a Tláloc, “la gente hacía imágenes de los cerros poniéndoles caras con los ojos y la boca” (Broda 1971:304). Lo que conlleva a pensar, según Johanna Broda, que su personificación estaba directa-

mente vinculada con las relaciones de poder de los diversos grupos del Altiplano Central:

[...] en la reinterpretación simbólica del papel de los volcanes personificados se reflejan también las relaciones de poder que existían entre los diferentes grupos étnicos que habitaron el Altiplano Central en el Posclásico, de modo que el papel ideológico de la religión prehispánica se manifestó igualmente en las conquistas del Estado mexica (2009:41).

Para el periodo Colonial, “se eliminó nombres y rostros de las antiguas deidades indígenas, pero no sus funciones, que permanecieron y se renovaron al surgir nuevos personajes deificados” (Glockner 1995:43); así aconteció en el caso de los cerros y volcanes con Gregorio *Popocatépetl*, Manuelita o Rosita *Iztaccíhuatl*, Lorenzo *Cuatlapanga* y María Dolores *Matlalcuéyetl*. Proceso sincrético que recayó en la reelaboración simbólica de las entidades insertas en el paisaje.²



Figura 2. El Ombligo, foto de Alicia Juárez

² Según Pablo Escalante, en la Nueva España, los relatos nahuas plasmados en lienzos que se hicieron a partir del siglo XVI, por parte de los indígenas, poseen rasgos bíblicos, como producto de la cultura humanista y del Renacimiento, bajo las que fueron adoctrinados junto con la religión católica. En este sentido, el autor habla de la representación de Quetzalcóatl y algunas pinturas del *Códice Florentino*, relacionadas con personajes bíblicos y renacentistas: “Se inserta la realidad precolombina en el contexto más amplio de la Historia Universal” (2009:17), lo que aportó rasgos de personas a deidades sin rostro humano.

Existe una gran cantidad de leyendas que abordan las relaciones amorosas y/o de conflicto entre los cerros y volcanes. Estos relatos no sólo forman parte de una interpretación cultural que se encuentra en el arte y en la literatura sino que provienen de la oralidad de los propios campesinos. Se trata de “historias sagradas” que tienen una vigencia local acentuada entre las poblaciones (cfr. Iwaniszewski 2001). Julio Glockner registró un testimonio donde se narra una historia sentimental entre los volcanes:

La Malinche es la mujer del Pico de Orizaba; él la fue a traer de más abajo, pero nunca estaban contentos. Siempre ella hacía amores con Gregorio Popocatépetl. Un día el Popocatépetl se dispuso a robar a La Malinche, entonces la cargó y se la llevó, pero ahí en ese llano donde ora está, La Malinche lo engañó. Le dice: -¡Oye tú!, bájame porque ya me anda. - ¿Ya te anda de qué? - Me anda de orinar. ¡Bájame aquí! [...] El caso es que se baja y que se sienta, porque no está parada, está sentada. Entonces le dice Gregorio: -Ya párate, vámonos. -No dice -ya no, ya no voy contigo. Aquí me gusta mucho y aquí me quedo. Tú ya tienes tu mujer.

Entonces ahí se sentó, porque ahí está Lorenzo Cuatlapanga, que es ese cerrito chaparrito que está junto a La Malinche, nada más que de un lado tiene una rajada y ahora es el marido de La Malinche. Ellos tuvieron dos hijas, Isabel e Inés, que son las totolitas que pasan por Huamantla [...]

Entonces vino el tiempo en que quería el Popocatépetl a fuerza robársela. Entonces le dijo La Malinche en una ocasión: -Bueno, vamos a hacer una apuesta. Si atajas mi orín me voy contigo. -Bueno, órale- dice don Gregorio. Y vino el agua en un río que bajaba por una barranca ancha y honda, vino el agua y no la pudo atajar. Entonces el Popocatépetl que se va, ya se fue, se conformó con la *Iztaccíhuatl* [...]” Testimonio de Don Lucio, registrado por Glockner (1995:20-21).

En la etnografía actual, los rasgos humanos que se atribuyen a algunos cerros y volcanes demuestran que son concebidos como personajes con características muy precisas. Podemos encontrar tres cerros con rasgos definidos:

Es sabido que para las comunidades asentadas en las faldas del volcán Popocatépetl, Don Goyo por lo general es un viejito, un anciano que usa un sombrero grande: “Es un hombre mayor, pobremente vestido... aparecía caminando por las calles de tierra, algunas veces descalzo, con ropa sucia y aspecto menestero” (Glockner 2009:67). Sin embargo, el Popocatépetl también es un volcán de respeto en el imaginario de las comunidades. Igualmente es considerado “enojón y vengativo” (Robichaux 2008: 405).

Su presencia se ha incrementado a partir de 1994, fecha en que inició el periodo eruptivo del Popocatépetl (cfr. Glockner 1995). Julio Glockner señala una experiencia que vivió con Don Gregorio “en persona”. En su artículo detalla cómo un viejito misterioso fue encontrado a más de 4,000 mts. de altura, cerca de El Ombligo, el día en que había asistido con los lugareños para celebrar una cere-



Figura 3. Ofrenda, foto de Alicia Juárez

monia de agradecimiento en el Popocatepetl. Se trataba de un

[...] un hombre vestido pobremente que caminaba en la nieve; con una sonrisa y una mirada que revelaban una especie de extravío [...] Se le ofreció de comer [...] sin decir una palabra y pidiendo más a señas [...] Al terminar la ceremonia el hombre regresó con nosotros [hasta el pueblo] [...] ya en la oscuridad de la noche pidió que lo bajaran [...] y nadie más lo volvió a ver (Glockner 2009:68).

El autor escribe cómo se empezó a especular, ante la rareza del personaje, que pudo haber sido Don Gregorio; hecho que fue señalado como cierto, cuando los niños afirmaron que “cuando iba caminando delante de ellos [...] sus pies no dejaban huellas en la arena (*idem*)”.

La Iztaccíhuatl puede ser vista de varias formas: “viene de gringa, viene de catrinzota y viene de indita” (Vega 2009:79; cfr. Glockner 1995:106-107). Glockner, según su registro etnográfico la describe como “una mujer cubierta con un rebocito y cargando una maletita” (Glockner 2009:67). En ocasiones también es concebida con vestido blanco (Rivas 2010).

David Robichaux nos describe como los lugareños de la región de Tlaxcala, perciben a la Malinche: Se trata de “una mujer corpulenta con ‘harto cabello’ o como una bella joven de cabello largo que le llega por debajo de la rodilla” (2008:405). Se le ve en los sueños como una

“mujer gorda con hartas trenzas” (2008:408). Los registros etnográficos de Francisco Rivas (2010) en la misma región, detallan que baja los miércoles al mercado de San Juan Ixtenco, y que trae una canasta para sus compras. Al parecer su ropa es bordada,³ se viste de color blanco y con una camisa de color azul. En los relatos recopilados entre la comunidad, se hace énfasis en que La Malinche es “de naturaleza seductora y celosa”, según el siguiente testimonio:

[...] dicen que ella es muy celosa y que ella quieren que nada más suban [a la montaña] los hombres, los varones, los hombres para que ella se siente regocijada, como que es un placer que se suban en sus faldas, de lo que es el bosque, los árboles, su naturaleza propia de ella misma [...] Las mujeres no pueden subir porque ella se siente celosa, entonces viene a ver a todos los hombres solteros [...] (Testimonio de David Briones, tomado de Rivas, 2010:27).

Concebir a los cerros como personas, se refleja en los regalos que les depositan los lugareños de diversas comunidades del Altiplano. Estos obsequios para las entidades sagradas se depositan en las ofrendas, en el marco de los rituales de petición de lluvia o cumpleaños de la montaña. Cabe señalar que los regalos dependen del género y la personalidad: Los aires, venerados sobre todo en la región de Morelos también tienen dicha característica de concebirlos como humanos, aunque éstos son concebidos como niños (cfr. Juárez Becerril 2010). A ellos se les deposita ofrendas con dulces, juguetes, comida olorosa y de colores vivos, atracciones que para los infantes llaman la atención.



Figura 4. La Iztaccíhuatl. Foto de Alicia Juárez

³ Actividad propia de las mujeres de Tlaxcala, especialmente en Huamantla, San Juan Ixtenco, San Bernardino Contla y Santa Ana Chiautempan (cfr. Rivas 2010).

Al volcán Popocatepetl se le regala lo que la gente quiera otorgarle y lo que éste haya pedido en sueños al especialista ritual o *tiempero*, en donde este último deseo puede ser un objeto singular como un “traje de licenciado”, un “traje de guerrero azteca”, objetos musicales, sombreros o incluso, una esclava de oro (cfr. Juárez Becerril 2009). A la Iztaccíhuatl se le regala ropa interior (camisones, pantaletas, brasieres, fondos), accesorios (aretes, collares y pulseras, principalmente) así como cremas (Cfr. Glockner 1995). Por su parte, a La Malinche se le obsequian prendedores, listones, peines y objetos relacionados con su cabello (Robichaux 1997; 2008).

Ahora bien, la particularidad de los obsequios a Don Gregorio Popocatepetl el día de su santo (12 de marzo) es que se depositan en una de las cuevas de la Iztaccíhuatl casi dos meses después, ya que, como es la mujer, “debe cuidar y proteger las cosas de valor” puesto que Don Goyo “como todos los hombres es muy descuidado y despilfarrador”, de tal forma que también se les atribuyen las connotaciones de cualquier otra pareja sentimental. Incluso tienen relaciones de parentesco, como cualquier familia, ya que el Popocatepetl es visto como un *padre* y la Volcana como *madre*, en donde los *hijos* son todas las comunida-

des, según algunas oraciones hechas en los rituales por parte de los graniceros. Así también, para los habitantes de la región de Tlaxcala, la forma física de la Iztaccíhuatl indica algo. Tomando en cuenta la perspectiva que ellos tienen desde su ubicación geográfica, la Volcana tiene un “hijito”, es decir, se ve como si estuviera cargando un infante (comunicación personal de María Elena Padrón, 21 de enero, 2010). También La Malinche, según Olivera, tiene varios hijos “repartidos en la llanura, que viven en cerros chicos, como el Axocotzin y el Xochihuehuetzin, de los que sale el agua, el Xochihuehuetzin es el más travieso de sus hijos y seguido provoca calamidades” (Olivera 1967:87-88, citado en Rivas 2010: 33).

Para Stanislaw Iwaniszewski, la idea de considerar a las montañas según su género se debe a la forma del cerro.

El autor no sólo le atribuye género a las montañas sino a las deidades pluviales. En este sentido las deidades pluviales masculinas “patrocinan los flujos (del agua o fuego) que caen del cielo, las deidades femeninas, controlan los flujos que corren (o se detienen) sobre la tierra” (Iwaniszewski 2001:116).

Los cerros masculinos del Altiplano (Pico de Orizaba, Cuatlapanga, Pinal, Tenco, Popocatepetl) tienen una forma cónica trapezoidal (como la de un cono cortado a la mitad, véanse Cerro Gordo y Teutli) [...] Por otro lado, los cerros femeninos (Sierra Negra, La Malinche, Iztaccíhuatl, Nevado de Toluca) hicieron explosión en el remoto pasado geológico destruyendo todo el aparato volcánico con sus características formas piramidales, y en consecuencia, actualmente presentan formas extendidas, alargadas y redondeadas (Iwaniszewski 2001:120).

El autor señala que las cualidades masculinas de los cerros radican en su actividad volcánica, pese a estar cubiertos de nieve. Mientras que los cerros femeninos, parecen inactivos. Iwaniszewski no pierde de vista lo relativo de estas suposiciones, ya que está consciente de que la construcción social del género depende de la percepción que le den las comunidades. En este sentido, los datos etnográficos, según la región, nos dejarán ver si se

concede a los cerros como femeninos o masculinos. Tal es el caso del Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, que son vistos con ambas atribuciones.

En su aspecto físico, “las cuevas, los manantiales, las fuentes o los abrigos rocosos se interpretan como orificios del cuerpo antropomorfo” (Iwaniszewski 2001:125), de tal forma que las características topográficas y accidentes geológicos tienen sentido para la percepción de un cuerpo humano. Se trata de *referentes geográficos reales* en donde “las explicaciones de los accidentes topográficos, geológicos, acuíferos y boscosos, la formación de barrancas y cañadas se explican en el imaginario mítico y en tiempos relacionados más con los dioses que con el tiempo cotidiano de los hombres (cfr. Rivas 2010).



Figura 5. Juguetes en la ofrenda, foto de Alicia Juárez



Figura 6. La cueva, foto de Alicia Juárez

En el caso del Popocatepetl, se encuentra el sitio de *El Ombligo*, un abrigo rocoso en donde se hacen los rituales, considerado el centro del mundo que une a los hombres tanto al nivel superior, donde se encuentran los astros, como al inferior, donde reinan los muertos (Glockner 1993:62). Así también en el Nevado de Toluca se encuentra el Cerro del Ombligo, situado en medio de dos lagunas que se ubican en el cráter (Robles 2001). En esta última montaña sobresale una elevación rocosa ubicada al sur del Nevado, denominada Pico del Fraile, conocida por los habitantes de la parte oriental como el Picacho de San Marcial. Según testimonios de Alejandro Robles “se trata de una piedra grande pero con cuerpo de persona” a la cual le ven figura de un santo, con sus vestiduras. En este sentido se cree que San Marcial está presente en algunos parajes de un volcán y que habita en una cueva resguardada por animales. “Se refieren a él como si fuera una persona, que está vivo, y aseguran que han llegado a ver su huella plasmada en la arena de las lagunas” (2009:126).

De esta forma los volcanes tienen partes del cuerpo humano en su extensión geológica: rostros, pecho, senos⁴,

⁴ En el paisaje de Tlaxcala, especialmente a la entrada a San Juan Ixtenco, llama la atención uno de los “senos” de La Malinche (cfr. Rivas 2010). Según Robichaux este “pecho” es conocido en los pueblos aledaños como la “Chichita”, ubicado también en los mapas topográficos con ese nombre. Según datos etnográficos del autor “Lorenzo Cuatlapanga, que se eleva a unos 12 km. de distancia [...], cortejaba a La Malinche; le hizo un temascal y la invitó a que se bañaran juntos. Como La Malinche es grande, el temascal quedó demasiado chico y ésta lo rompió al tratar de entrar. En consecuencia se enojó y le aplastó la cabeza a Lorenzo, por

rodillas, etcétera, que sirven como marcadores para situarse en la montaña (Montero 2004).

Junto con las analogías del cuerpo humano, no hay que dejar de lado la concepción anímica del mismo cerro, es decir, se dice que la montaña “siente y respira”. En el caso del Popocatepetl, ante su actividad volcánica, dicen los pobladores que es mejor que el volcán “respire” y no esté “tapado” por su cráter, porque si no explotaría o “escupiría” (es decir, haría erupción) (cfr. Vera 2008). Igualmente, en la ocasión en que el volcán pidió en sueños al especialista, un regalo conformado por pomadas y ungüentos para las quemaduras de los pies, esta circunstancia fue interpretada como alusión a los incendios forestales en sus pastizales (cfr. Glockner 2009). En el sentido más amplio tienen vida y por tanto poseen sentimientos y estados de ánimo. Se dice que durante el ciclo agrícola, los cerros dan cobijo a la semilla y controlan el agua que de ellos emana.

Reflexiones finales

Las montañas adquieren otras dimensiones que se sustentan en la forma de ver la vida. Mediante la interpretación propia que los especialistas meteorológicos han dado en conjunto con las diferentes comunidades mesoamericanas se entretiene un largo proceso histórico. Hoy en día existen varios cerros y volcanes que son motivo de culto. Cada uno de ellos representa una lógica particular de percibir la naturaleza, directamente relacionada con la cosmovisión. En este sentido es necesaria una propuesta que aborde conceptos complejos que toman en cuenta una lógica regional, basada al mismo tiempo en una cosmovisión particular en relación a las actividades agrícolas.

Consideramos fundamental tomar en cuenta la relación naturaleza-cultura, a partir de una visión histórica, puesto que es en la naturaleza, vista como escenario de estudio, donde ocurren las relaciones sociales y está ligada con la historia mediante la articulación de las comunidades que, a su vez, se encuentran sujetas al cambio y a la continuidad cultural.

Referencias

- Broda, Johanna
 1971 “Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia” en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6, Madrid, pp. 245 – 327.
 1996a “Calendarios, cosmovisión y observación de la naturaleza”, en Sonia Lombardo y Enrique Nalda (eds.), *Temas Mesoamericanos*, INAH, CONACULTA, México, 427-469.
 1996b “Paisajes rituales en el Altiplano Central”, en *Arqueología Mexicana*, vol. IV, núm. 20, México, pp. 40-49.

lo que ahora el Peñón de Cuatlapanga está aplanado. Pero este último, en revancha, cortó con un machete un seno de La Malinche” (Robichaux 2008:405-406).

- 2009 “Cosmovisión y observación de la naturaleza en el Nevado de Toluca” en Pilar Luna, Arturo Montero y Roberto Junco (coords.), *Las aguas celestiales*, INAH, México, pp. 58-67.
- Escalante, Pablo
 2009 “Humanismo y arte cristiano-indígena. La cultura emblemática entre colegiales, artistas y otros miembros de las élites nahuas del siglo XVI” en *El arte cristiano-indígena del siglo XVI Novohispano y sus modelos europeos* (Pablo Escalante, coord.), Colección de Arte Prehispánico y Colonial, CIDHEM, México, pp. 9-28.
- Giménez, Gilberto
 2005 “Paisaje, cultura y apego socioterritorial en la región central de México” en *Teoría y análisis de la cultura*, Colección Intersecciones, Vol. 1, México, pp. 429 – 450.
- Glockner, Julio
 1993 “La Cruz en el Ombligo” en *Crítica, Revista Cultural de la UAP*, núm. 50, Nueva Época, marzo, pp. 61 – 65.
 1995 Los volcanes sagrados. Mitos y rituales en el Popocatepetl e Iztaccíhuatl, Grijalbo, México.
 2009 “Mitos y sueños de los volcanes” en *Antropología Mexicana*, vol. XVI, núm. 95, México, pp. 64-69.
- Iwaniszewski, Stanislaw
 2001 “Y las montañas tienen género. Apuntes para el análisis de los sitios rituales en la Iztaccíhuatl y el Popocatepetl” en *La Montaña en el Paisaje Ritual*, (J. Broda, S. Iwaniszewski y A. Montero, coords.) UNAM, CONACULTA, INAH, México, pp. 113-148.
- Juárez Becerril, Alicia María
 2009 “Una esclava para el Popocatepetl: Etnografía de dos rituales con motivo del cumpleaños a Don Gregorio”, en *Cosmovisión mesoamericana y ritualidad agrícola. Estudios interdisciplinarios y regionales* (Johanna Broda y Alejandra Gámez, coords.), Benemérita Universidad de Puebla, Puebla, pp. 331-348.
 2010 Los aires y la lluvia. Ofrendas en San Andrés de la Cal, Morelos, Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, México.
- Millones, Luis
 2005 “Los sueños y milagros de San Sebastián” en *El mundo festivo en España y América*, Antonio Garrido (coord.), Servicio de Publicaciones, Universidad de Córdoba, España, pp. 309-336.
- Montero, Arturo
 2004 Atlas Arqueológico de la Alta Montaña Mexicana, SEMARNAT, México.
- Olivera, Mercedes
 1967 “Los ‘dueños’ del agua en Tlaxcalancingo” en *Cholula. Reporte preliminar*, Editorial Nueva Antropología, México, pp. 98-92. Citado en Francisco Rivas, 2010.
- Rivas, Francisco
 2010 “Percepción y representación de la Matlalcueye en el imaginario contemporáneo” en Francisco Castro y Tim Tucker (coords.): *Matlalcueyetl: visiones plurales sobre cultura, ambiente y desarrollo*, Tomo II, El Colegio de Tlaxcala, A.C. CONACYT, Mesoamerican Research Foundation, pp. 11-48.
- Robichaux, David
 1997 “Clima y continuidad de las creencias prehispánicas en la región de la Malinche (México)”, en *Antropología del Clima en el Mundo Hispanoamericano*, Marina Goloubinoff, Esther Katz y Annamaria Lammel (eds.), Tomo II, Biblioteca ABYA - YALA, Ecuador, pp. 7 – 30.
 2008 “Lluvia, granizo y rayos: especialistas meteorológicos y la cosmovisión mesoamericana en la región de la Malinche, Tlaxcala” en Annamaria Lammel, Marina Goloubinoff y Esther Katz (eds.) *Aires y lluvias: Antropología del clima en México*, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, México, pp. 395-432.
- Robles, Alejandro
 2001 “El Nevado de Toluca: ‘ombligo de mar y de todo el mundo’” en *La Montaña en el paisaje ritual*, Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero (coords.), UNAM, CONACULTA- INAH, México, pp. 149 – 160.
 2009 “La montaña del Nevado y su presencia etnográfica” en *Las aguas celestiales*, Luna Pilar, Arturo Montero y Roberto Junco (coords.), INAH, México, pp. 122-128.
- Vera, Gabriela
 2008 “Ancianos, tiempores y otras figuras de autoridad en dos comunidades del volcán Popocatepetl” en *La disputa por el riesgo en el Volcán Popocatepetl*, Jesús M. Macías (coord.), Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, México, pp. 99-163.